

3.2. INTERVENCIÓN DE D. ROBERTO VELASCO BARROETABEÑA

PRESIDENTE DE LA AECR

Vengo a este Congreso a hablarles de una zona que hace unos años fue uno de los centros de gravedad de la economía española y hoy es un centro de problemas: el País Vasco y paralelamente, el resto de la Cornisa Cantábrica.

Ha ocurrido que en la Cornisa Cantábrica y en concreto en el País Vasco, han coincidido prácticamente todos los sectores que hace 15 años entraron en crisis en todo el mundo. Hay otras regiones europeas que reunían la siderurgia o el sector naval, el sector de electrodomésticos o el textil, pero en la Cornisa Cantábrica están todos juntos. Puede decirse que Castilla y León tiene encima de ella una boina que está agujereada, una cornisa en trance de desplomarse.

Además, la especialización en sectores maduros tiene otra peculiaridad, y es que estaba motorizada por un pequeño número de grandes empresas (que hoy son menos, porque alguna han desaparecido por fusión o quiebra) y las que quedan dan pérdidas, por lo que el motor de la Cornisa Cantábrica no tiene sustituto ni recambio ninguno, ni el tejido industrial actual tiene capacidad de relevo.

Si añadimos que en Comunidades como Asturias o Cantabria se suma la crisis de la lecha y la carne, y que en Asturias se han perdido 20.000 empleos entre 1986, 1990, pueden hacerse una idea del panorama.

El proceso industrializador a lo largo de más de un siglo ha tenido otras consecuencias, como la degradación del medio ambiente. Hace 10 años un famoso profesor americano, especialista en la materia, después de visitar la ría del Nervión dijo que era un «museo de errores ecológicos». Algo parecido ocurre, aunque menos, en las comarcas de Torrelavega o Avilés.

El proceso industrializador a lo largo de más de un siglo ha tenido otras consecuencias, como la degradación del medio ambiente. Hace 10 años un famoso profesor americano, especialista en la materia, después de visitar la ría del Nervión dijo que era un «museo de errores ecológicos». Algo parecido ocurre, aunque menos, en las comarcas de Torrelavega o Avilés.

Por otra parte, las infraestructuras en la Cornisa son muy deficientes. Ir de Bilbao a Gijón por carretera, que en la actualidad es la única alternativa, consiste en un viaje de 5 a 7 horas, según las circunstancias, porque la autovía del Cantábrico le quedan muchos kilómetros por cubrir. A la desconexión de la Cornisa entre sí se añade la de Asturias y Cantabria con la Meseta. Todo esto conduce a que estemos ante una unidad geográfica que tiene una idéntica especialización industrial, pero no una historia común, pues durante siglos ha habido una rivalidad estéril y paralizante, basada en las oligarquías locales, que ha impedido esa relación e interconexión del tejido industrial de las tres Comunidades Autónomas.

El sector servicios, y en especial «servicios a las empresas», es un sector subdesarrollado en relación con el nivel de industrialización que se había adquirido. El único área metropolitana con masa crítica para sostener el crecimiento de un sector terciario avanzado, es la comarca del Gran Bilbao, y ésta ha perdido influencia y fuerza. El panorama es ciertamente desolador.

El modelo de crecimiento económico e industrial que ha permitido el bienestar de la zona durante más de un siglo se ha agotado. La especialización metálica ya no tiene futuro, y, además, es una Cornisa que ha estado volcada siempre hacia el mercado interior, mercado que se está perdiendo a marchas forzadas, especialmente a partir de enero de 1986.

La crisis golpeó a España más que al resto de Europa, pero dentro de España es la zona de la Cornisa Cantábrica la más azotada, hasta el punto de que puede considerarse como la única zona en declive industrial de España. Es una zona que en 12 años ha perdido 1 de cada 3 empleos en la Industria y que hoy tiene poquísimos atractivos para las inversiones, tanto nacionales como extranjeras.

En cuanto a la inversión extranjera hay que tener, además, en cuenta que, en los últimos 6 años, las tres Comunidades Autónomas sólo han sido capaces de absorber el 4% del total de las inversiones directas que han recalcado en España, cuando en los años 60 y primeros 70 sólo el País Vasco absorbía entre el 10 y el 11%. Además, se ha perdido el carro de las inversiones extranjeras en el momento del «boom» de este proceso de entrada de capitales en España, con lo que supone de posibilidades de incorporación de nuevas tecnologías unidas a esas inversiones.

En el caso del País Vasco es obvio que el principal freno, además de las propias características de una región de antigua industrialización que no resulta atractiva para las nuevas inversiones, ha sido el hecho de que la transición política no se haya producido con toda claridad y esté fuertemente condicionada por la violencia terrorista de E.T.A.

En definitiva, la competitividad de todo el área está disminuyendo a marchas forzadas, porque mientras, por otro lado, el aumento de los salarios y la convergencia de costes laborales respecto a Europa está produciéndose, el aumento de la productividad transcurre a un ritmo muy inferior. Hoy en día, según el INE, los sueldos más altos de obreros y empleados en España son: en Asturias y Vizcaya, y en Asturias, Madrid y Vizcaya, por este orden, respectivamente. En el País Vasco los costes laborales son un 20% superiores a la media española y si el gap de productividad hace 15 años era 26% superior a la media nacional, ahora se ha reducido al 9%.

La Cornisa del Cantábrico se está quedando, además, aislada y en una situación periférica europea. Las últimas noticias respecto del tren de alta velocidad y su conexión por Cataluña, si se lleva a cabo finalmente, así como la construcción de la autopista Madrid-Zaragoza-Canfranc-Francia, son dos factores más de perifericidad y aislamiento.

Durante los años 1986/1990 se produjo una recuperación económica durante la cual el sector industrial creció a un ritmo parecido al de la economía española, e incluso la economía vasca creció en el año 1989, algo más que la española; pero durante ese periodo de crecimiento económico fuerte se produjo un error, o más bien un doble fracaso, empresarial y social. Un fracaso empresarial, porque el tejido industrial actuó con demasiada lentitud en la asimilación de las nuevas tecnologías y en la apertura de nuevos mercados; y un fracaso social, porque no se supo establecer un verdadero diálogo y menos un acuerdo para abordar conjuntamente la extrema complejidad de la sociedad vasca y la distribución negociada de las cargas y los beneficios del crecimiento. Por ello, cuando decae el ciclo nacional e internacional, el País Vasco se encuentra, de pronto, con su declive de los últimos años, que afecta a toda la Cornisa y también a los principales indicadores de la actividad económica e industrial. En 1991 la producción industrial vasca cayó cerca de un 1% y de enero a agosto de 1992 ha caído cerca del 5%. Existe un dato aterrador: Sobre la base de un índice industrial con base igual a 100 para 1985, en agosto de 1992 el índice era 47, aunque hay que tener en cuenta la estacionalidad de ésta última cifra.

Hasta aquí llegan las noticias de la situación declinante de la siderurgia, cuya crisis es interminable, pero no llegan los ecos de las reducciones de plantillas de otras grandes empresas, como Papelera Española, Michelin, Firestone, etc. Llegan también ecos de la crisis de los aceros especiales y de las empresas con mayoría de capital público. La crisis y el declive cubren un aspecto que se extiende a varios sectores, y muchas empresas que no han recibido la atención de los agentes sociales se han conformado con un ajuste pasivo a la situación de crisis y no han variado sustancialmente su actitud ante el mercado.

En el año 1991, hubo 63.000 trabajadores afectados por expedientes de regulación de empleo en el País Vasco. En 1992 se han perdido, hasta la fecha, 20.000 empleos en la industria en Euskadi y el paro es del 20,6% en agosto de este año (en Vizcaya del 22,5%).

Hay serias dudas de que exista capacidad para salir de esta situación. En algunas Comunidades de la Cornisa, como el caso asturiano, falta iniciativa empresarial; en Cantabria puede decirse que también falta y en el País Vasco menos, cada vez más. Por otra parte, se viene hablando desde hace 30 años de la necesidad de diversificación de la actividad industrial. En los años 60 ya se hablaba de monocultivo industrial, y estudios hechos hace 3 meses demuestran que las inversiones se siguen haciendo en los mismos sectores y que los transformadores metálicos y los sectores básicos con el 75% de la industria del País Vasco y de Cantabria.

Ante este panorama, bastante desolador, hay algunas actitudes que son más preocupantes aún; la de frustración de los Agentes Sociales, que parecen invadidos por la desesperanza ante la situación, lenta pero apreciable, de decadencia económica que se viene apreciando en los últimos tres lustros. Yo recuerdo que cuando en la segunda mitad de los años 70 se desencadenó la crisis industrial, costó muchísimo tiempo que la sociedad vasca percibiera su enorme impacto, probablemente porque se había mitificado el poderío industrial, financiero y empresarial que se había construido durante décadas atrás. Hay un efecto psicológico-social que tiene a difundir la idea de que las situaciones de ventaja relativa se renuevan de forma más o menos automática a lo largo del tiempo.

Ahora, sin embargo, la dureza social de ese proceso de desmitificación que se ha producido y esta violenta e inacabable transición política, así como una cierta desvertebración de la sociedad vasca, pueden estar dando lugar al proceso contrario, que hace que la sociedad vasca adopte una visión fatalista del futuro. Este es un problema gravísimo que requiere muchísima atención, porque denota que la sociedad civil es frágil y que la interpretación del siempre complejo presente, lo mismo que de las expectativas que ofrece el futuro, las hace cada nueva generación con sus propios puntos de partida y esquemas de análisis.

Así, hay gente, que está accediendo al mercado de trabajo y que ha vivido toda su vida en época de crisis. Esta situación es muy nociva, pues lo peor que le puede pasar a una sociedad es que pierda la confianza en el futuro y se resigne a administrar con tristeza el mediocre presente. Por otro lado, en un país donde la política lo inunda todo y donde una de las pocas cosas que crecen son el número de partidos políticos (por escisión de los preexistentes), la opinión pública empieza a recelar abiertamente de los mensajes optimistas, o falsamente ilusionantes que se le envía, porque no encuentra alternativas reales asequibles, y, por ello, recurre al Sector Público en demanda de soluciones para el angustioso presente.

El caso de los Sindicatos es paradigmático: La pérdida reiterada de los empleos en las grandes empresas en crisis, y la propia desconfianza en la clase empresarial, ha arrojado a los sindicatos vascos a reclamar soluciones públicas para los problemas de pérdida de competitividad de las empresas tradicionales, llegando a solicitarlo bastantes años después de que en otros países cerraran este mismo tipo de empresas por motivos idénticos.

Hasta el propio Gobierno Vasco reconoce que la economía de Euskadi se ha acostumbrado a una excesiva protección por parte del Sector Público y que esta circunstancia ha generado una dependencia importante de las decisiones del Ejecutivo autónomo. Si este pronóstico, que a algunos pudiera parecerles excesivo, resultara acertado, como yo creo que lo es, sería suficientemente ilustrativo de la decadencia de la economía vasca, que siempre ha estado suficientemente lejos de considerar a la Administración como la panacea de sus problemas.

De todos modos, no cabe culpar sólo a los agentes sociales de estas circunstancias, porque probablemente el Concierto económico, los cuatro gobiernos y cuatro parlamentos que tenemos en una sociedad habitada por algo más de dos millones de habitantes, han podido provocar una galopante tasa de funcionarización de la población activa vasca: el 18% de la población asalariada vasca trabajaba en el Sector Público a finales de 1991.

Dan ganas de decir que la situación no es tan negra como la descrita, pero la verdad es que estamos en una fase realmente peligrosa respecto al futuro industrial del País Vasco, y es una pena, porque todavía puede resucitar de sus cenizas. Ciertamente, en su historia, el País Vasco ha demostrado una gran capacidad de adaptación de su economía a los cambios que se han producido internacionalmente; esta vez, sin embargo, el cambio es más acelerado y más radical, y ha coincidido con otras circunstancias socio-políticas que hacen más difícil, asirse a la modernidad, asirse al futuro.

El Gobierno Vasco, para resolver todo esto, ha tenido desde el año 1981, una especial sensibilidad por los problemas industriales, no podría ser de otra manera, y ha complementado las acciones de reconversión industrial llevadas a cabo por la Administración Central. En el año 1985 puso en marcha el Plan de Relanzamiento Excepcional, que era un plan de reconversión que afectaba a 14 sectores pequeños pero muy importantes para la economía vasca, y dedicó 31.500 millones de pesetas a esta tarea. En la actualidad, lo más importante que está haciendo el Gobierno Vasco para resolver problemas de su industria consiste en la implantación de un plan, denominado «Plan 3-R», al cual ha destinado ya 47.000 millones de pesetas para ir parcheando empresas, entre ellas algunas que ya habían recibido ayudas en 1985 y que, a pesar de ello, no habían conseguido salir a flote.

Es decir, el Sector Público está dedicando cantidades ingentes de dinero a resolver los problemas del pasado y a tapan los apuros del presente, pero no a garantizar el futuro, porque este Gobierno, estrictamente hablando, ha roto la trayectoria iniciada en el año 1981 por gobiernos de distintos colores, que habían marcado una especie de sendero, buscando la mejora tecnológica y la modernización de la industria vasca. Este Gobierno ha decidido dedicar

todos sus recursos a tapan por unos meses las situaciones caóticas de muchas empresas y ha empezado a recoger velas de una política tecnológica que se había iniciado y se estaba desarrollando con bastante éxito en el pasado.

Sin embargo, no toda la industria vasca está hundida; hay muchas empresas que funcionan, ganan dinero y, por lo tanto, abren una esperanza para el futuro. Pero la verdad es que el efecto acordeón o castillo de naipes que se está produciendo con las industrias de cabecera es un efecto muy grave.

El problema de fondo es la *falta de competitividad*, que es una cuestión de supervivencia importantísima para la trama productiva de la Cornisa, y en concreto, del País Vasco. Aunque también debo decir, que si la salvación colectiva fuera imposible y hay que optar por la salvación individual, el País Vasco tiene algunas posibilidades más que Asturias o Cantabria, por razones obvias que están en la mente de todos.

El problema es, ahora, aguantar el tirón de la competencia en el mercado natural de la Cornisa, que es el mercado español. En el año 1986, el 20,1% de los bienes de equipo que se compraban en España procedían del País Vasco, y en 1992 ha pasado al 16%, habiéndose perdido cuatro puntos de cuota de mercado en tan sólo 6 años.

El problema es la reindustrialización, como todo el día repiten los diferentes agentes sociales, pero éste es un asunto muy difícil de tratar. Reconvertir es más sencillo, pues de parte de lo que ya se tiene, pero la reindustrialización es futuro y el futuro es incertidumbre, es imprecisión y es riesgo; por ello, toda la Cornisa, y particularmente el País Vasco, debe hacer una reflexión para ver qué es lo que se puede ser en el marco completamente internacionalizado de la economía y de la industria. Esta es una tarea colectiva, pero se tiene que traducir en decisiones individuales en el interior de las empresas, aunque, ciertamente, sea un problema de toda la sociedad.

Ésta no es una crisis más, sino una encrucijada. Pero encrucijada es lo contrario de un callejón sin salida y la cuestión es acertar con el camino adecuado. Merece la pena intentarlo.

Muchas gracias.